

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍAS DEMOCRÁTICAS

TERESA GONZÁLEZ LUNA CORVERA*

La convivencia social se desarrolla en un escenario marcado por determinantes económicas, políticas, históricas y culturales. La vida cotidiana también tiene dimensiones estéticas, morales, políticas y afectivas que se deben considerar cuando

se piensa en la construcción de ciudadanías democráticas, es decir, en la formación del ciudadano, aquel que precisa aprender el difícil arte de vivir en el espacio público.

Las experiencias de participación cívica infantil y juvenil en los procesos electorales nacionales y estatales, particularmente la reciente Consulta Infantil y Juvenil 2003, generan diversas interpretaciones y valoraciones que nutren el debate sobre la

construcción de ciudadanías democráticas. En lo general, se admite que la formación de la ciudadanía se inscribe en un orden del saber y en un orden del saber-hacer, es decir, en la adquisición de contenidos y saberes significativos y en la práctica social. Las personas, ciudadanos y no ciudadanos, son influidos en su comportamiento por la cultura en la que viven y han sido socializados. Se destaca, con diferentes argumentos

*Consejera electoral en la Junta local del IFE-Jalisco durante el proceso electoral 2003. Fue coordinadora de elecciones infantiles y juveniles en los procesos electorales de Jalisco de 1997 y 2000. Maestra en Política y Gestión Pública, investigadora del Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.

y grados de intensidad, el papel de la cultura en la construcción de las identidades de las personas y de los grupos sociales, a la vez que se acepta que los aprendizajes tempranos condicionan los posteriores.

Hoy en día la democracia en México ya no es asunto que interesa y compete sólo a los gobernantes o a unos cuantos entendidos de la vida política; por el contrario, es un tema que atraviesa la vida cotidiana de la mayoría de la población y que incluye a niños y jóvenes. Es en el contexto nacional de transición a la democracia que surgen y se desarrollan los ejercicios de expresión y participación cívica infantil y juvenil, estrechamente vinculados al reconocimiento de los derechos de la niñez.

Se trata de terrenos inicialmente explorados en relación con la socialización política de la niñez mexicana, que se ubican en el campo más amplio de la cultura y sus prácticas de significación que dan sentido a la vida cotidiana; esto es, en la dimensión simbólica que remite al código de significados y al sentido subjetivo que orientan la acción colectiva. En efecto, el tema de la cultura política, en específico el de la cultura política democrática, es una de las vías para comprender la racionalidad y el sentido de las acciones colectivas de una sociedad, y ofrece una pista posible para acceder al análisis de las iniciativas de educación cívica y enmarcar —teórica y empíricamente— las experiencias de expresión y participación cívica infantil y juvenil.

En el caso de la infancia, aplica la moderna preocupación por la identidad y el reconocimiento de las personas como sujetos de derechos, en especial el interés por las condiciones en que los intentos de afirmación pueden fracasar. Las formas de reconocimiento igualitario son esenciales para la cultura democrática, pero también las formas de la política de la diferencia que busca que de igual forma se reconozca la identidad única de cada individuo o grupo. En este sentido, los niños y los jóvenes deben ser reconocidos por su identidad única.

LA CONSULTA INFANTIL Y JUVENIL 2003

Poco más de tres millones de niños y jóvenes mexicanos entre los seis y 17 años de edad acudieron a las urnas el 6 de julio de

2003 a expresar sus opiniones en torno a distintos asuntos de la vida social que les afectan, en las casi 20 mil casillas infantiles que el Instituto Federal Electoral (IFE) instaló en todo el país. La dureza de este primer dato no es sólo de orden cuantitativo sino cualitativo: el nivel de participación decreció significativamente en relación con los ejercicios anteriores de 1997 y 2000, con lo que se confirma la tendencia de una disminución en la participación conforme se avanza en la edad de los participantes. Lejos de incrementarse el interés y la participación, algo esperado frente al incremento de casillas y los instrumentos y estrategias afinadas por el organismo electoral a partir de las experiencias previas, los niños y jóvenes, en un comportamiento similar al de los adultos, también se abstienen de expresarse y participar.

En cuanto a los niveles de participación, las cifras son claras y contundentes: mientras que en 1997, en las primeras elecciones infantiles “La democracia y los derechos de los niños”, participaron 3 millones 996 mil 67 niñas y niños entre los seis y 12 años de edad, y en la Consulta Infantil y Juvenil 2000 fueron 3 millones 709 mil 704 niños y jóvenes en un rango de edades entre seis y 17 años de edad; ahora, en la Consulta del 2003, la cifra se reduce a 3 millones 76 mil 473 niños y jóvenes. En suma, con respecto al ejercicio de 1997, la participación en 2003 es menor en 17.07%, y en comparación al de 2000, decae 23%.¹

El descenso en el nivel de participación infantil y juvenil da lugar a diversas conjeturas e interpretaciones. El mismo IFE considera que el alto nivel de abstencionismo que se registró en la jornada electoral federal del 6 de julio, que ascendió a casi 60% de ciudadanos de plenos derechos que no votaron, puede ser uno de los factores que influyeron en la baja participación de niños y jóvenes. Sin embargo, el abstencionismo adulto no explica las diferencias de participación entre el ejercicio de 1997 y 2000, sobre todo si se toma en cuenta que se amplió el rango de edad (entre 13 y 17 años), lo que significó la convocatoria a cinco edades más. Tampoco esta variable, que se puede leer como devaluación de la actividad cívica, es suficiente para dar cuenta de la disminución en las votaciones.

Las cifras de participación generan preguntas acerca de las razones por las que muchos niños y jóvenes, la mayor parte de

1. Los resultados de participación y preliminares de la Consulta Infantil y Juvenil 2003 se pueden consultar en www.ife.org.mx

este sector de la población nacional, no participó. Cuestiones de orden organizativo como la escasa difusión, falta de información y logística electoral (número y ubicación de casillas infantiles), hasta razones de fondo como la desafección o desencantamiento cívico de los niños y jóvenes, el desinterés y falta de apoyo (o permiso) por parte de los padres y madres de familia, deben analizarse para valorar la pertinencia social de este tipo de experiencias de educación cívica y su contribución a la construcción de una cultura democrática. En efecto, las experiencias y sus resultados, así como las tendencias que reflejan, obligan a realizar un análisis que considere la diversidad de factores que seguramente se conjugan y explican estos bajos niveles de participación.

Desde una dimensión temporal resulta también importante vincular entre sí los resultados y las experiencias de los tres ejercicios nacionales, así como considerar otros ejercicios cívicos locales como los realizados en Jalisco durante el mismo periodo, para indagar acerca de la credibilidad hacia estas formas de participación, del valor o eficacia del voto y del posible efecto acumulado, positivo o negativo, tanto en los niveles como en los contenidos de la participación infantil y juvenil. Por otra parte, al explorar los datos sobre quiénes votan, cuándo lo han hecho y en dónde, sale a relucir la diversidad de nuestra sociedad.

La participación en la Consulta Infantil y Juvenil 2003, al igual que la de 2000, se organizó en tres grupos o rangos de edad para atender las características de su proceso de desarrollo y dar seguimiento a temáticas específicas. El nivel más alto de participación se registró en el grupo de población entre los seis y nueve años de edad, con 1 millón 438 mil 420 electores, que equivale a 46% de la participación total. Pero también, en comparación con 2000, en este rango de edad se observa el descenso más acentuado. En este caso es necesario considerar que la participación de los menores depende, en buena medida, de la motivación, aceptación y acompañamiento de las madres y los padres de familia porque resulta difícil saber si la decisión de participar fue de los niños o de los adultos que los animaron y acompañaron a las urnas. Pero, en todo caso, la motivación adulta no deja de ser un indicador significativo de la importancia que estos dan a un ejercicio de esta naturaleza y de los contextos de socialización en que los niños aprenden a valorar la participación cívica.

LAS PERSONAS, CIUDADANOS y no ciudadanos, son influidos en su comportamiento por la cultura en la que viven y han sido socializados

Las cifras globales reportan que de la participación total, 38.92%, es decir, 1 millón 197 mil 211 electores, corresponde al rango de edad entre los diez y 13 años de edad, y que tan sólo 440 mil 842 mujeres y hombres jóvenes entre los 13 y 17 años de edad, 14.39% del total, expresaron sus opiniones en la consulta. En este rango se registra el nivel más bajo de participación en términos absolutos y un descenso de 7.53% con relación al ejercicio electoral de 2000. En cuanto a la participación por

género, tanto en lo general como en cada rango de edad, corresponde a las proporciones de la población nacional: 48% niñas y 52% niños. Las diferencias de opinión, que seguramente asomarán en los resultados cualitativos, podrán reforzar los estudios de género en materia de constitución de subjetividades y de procesos de formación ciudadana.

Si bien ya no resulta sorpresiva la escasa participación de los jóvenes, sí lo es que no se avance de manera decisiva en abrir hipótesis para identificar algunos factores que pueden estar en juego en este fenómeno ni tampoco en las estrategias de intervención o acercamiento que sean más atractivas y adecuadas para este sector de la población. Para los jóvenes resulta más apremiante la necesidad de desarrollar capacidades para arribar a procedimientos idóneos para el logro de acuerdos sociales y políticos, por lo que se impone pensar en otras estrategias y mecanismos que logren convocar su interés. Sin embargo, se advierte que su participación decrece en la medida en que su edad aumenta y conforme se renuevan las convocatorias a este tipo de ejercicios electorales. Es urgente, entonces, indagar y descifrar las razones de su baja participación, y superar el discurso ordinario que considera a la juventud como un no lugar o lugar de tránsito marginal dentro de la sociedad.

Con todo, no deja de ser relevante el análisis de la Consulta Infantil y Juvenil 2003 y, a partir de los resultados que arroja en términos cuantitativos, acceder a la información cualitativa que

se deriva del contenido de las boletas electorales. Aunque la participación fue reducida, no se puede negar que el ejercicio aporta información directa y significativa sobre este sector de población; además, se impone completar el ciclo o proceso electoral con el conteo total de las boletas, la sistematización de la información y la difusión de los resultados. Las transformaciones políticas, sociales y culturales de México confirman la necesidad de un diagnóstico nacional —específico y riguroso— del estado que guarda la cultura democrática en relación con los niños y jóvenes. La consulta puede ser el punto de partida para elaborar un diagnóstico parcial pero consistente, desagregado desde los puntos de vista regional, temático y por grupos específicos de población. Desde luego, aporta elementos para indagar en las concepciones, percepciones y representaciones diferenciadas de niños y jóvenes acerca de las formas significativas de interpretación de la vida política y social referidas, entre otras cuestiones, al poder y la autoridad; los derechos y las responsabilidades; los valores, reglas e instituciones de la democracia, y a las mismas experiencias de participación.

Ahora bien, con el objeto de conocer las principales tendencias de opinión de los niños y jóvenes participantes en la consulta, el IFE realizó una muestra representativa nacional en poco más de mil casillas distribuidas en los 300 distritos electorales del país.² Los resultados son preliminares y sólo reflejan las percepciones de quienes participaron, por lo que de ninguna manera pueden interpretarse como la opinión de toda la población infantil y juvenil del país ni considerarse como reflejo de las condiciones reales en que viven y se desarrollan. Si bien el procesamiento completo de la información contenida en el total de las boletas y el cruce de las variables en juego (género, edad, tipo de comunidad, entidad federativa, escolaridad de los niños y de los padres, etc.) exigen un análisis complejo, por lo pronto se retoman los resultados preliminares para destacar algunos datos y tendencias significativas que apuntan hacia un posible diagnóstico de la infancia en México y abren líneas

LOS EJERCICIOS DE PARTICIPACIÓN

y expresión
en los procesos
electorales invitan
a reflexionar sobre
las condiciones de
socialización
de los niños
y jóvenes mexicanos

de interpretación y análisis.³ Se trata de una exploración inicial y parcial de los datos, los cuales exigen un análisis posterior responsable para evitar extraer conclusiones apresuradas o fuera de contexto. La violencia, referida al contexto de la calidad de las relaciones entre adultos y niños en su vida cotidiana, es el tema que se explora en la boleta del grupo de seis a nueve años de edad. La mayoría de niñas y niños (por encima de 95%) dicen sentirse cuidados, respetados y escuchados en la familia; sin embargo, tres de cada diez se manifiestan afectados por algún tipo de violencia en la familia (“me insultan”, “me pegan”, “abusan de mi cuerpo”). Igualmente, la mayoría afirma que en la escuela les explican lo que quieren saber, pero uno de cada cinco menores perciben que, en este ámbito, los niños y las niñas no reciben un trato igual. 47% de opiniones refiere que el maltrato de los adultos hacia los infantes se debe a que los primeros no saben que los segundos tienen derechos, y 39.4% a que los adultos tienen problemas y se desquitan con los menores. Para evitar el maltrato, en clara correspondencia con la explicación anterior, en 50% de las expresiones se sugiere que los adultos aprendan a respetar a los niños y en 65% se recomienda “pedirle ayuda a un adulto de confianza”. Lo cierto es que, con respecto a la Consulta Infantil y Juvenil 2000, se mantiene en los niños la percepción del maltrato en la familia (28%) y en la escuela (32%).

Mientras la sexualidad, el alcoholismo y la drogadicción son los temas de mayor interés para niñas y niños de diez a 13 años de edad, la pobreza, la inseguridad y la ecología son los asuntos

2. Se trata de una muestra probabilística y autoponderada, con un nivel de confianza de 95% y un grado de precisión de $\pm 3\%$. La base de la muestra se integró con 77 mil 775 boletas del grupo seis-nueve años de edad, 64 mil 867 boletas del rango 10-13, y 22 mil 674 del rango 14-17.

3. En los datos que a continuación se presentan hay que considerar que, en buena parte de los casos, la suma de porcentajes no es igual a 100% porque las boletas contienen preguntas que permiten elegir una o más opciones.

LA MAYOR PARTE DE LOS JÓVENES CONSIDERA QUE LA DISCRIMINACIÓN BAJA SU AUTOESTIMA, LES NIEGA OPORTUNIDADES Y GENERA VIOLENCIA

que registran menor atención. El derecho a la información es el tema abordado en las boletas de este grupo de población que señala a la escuela, con 92% de opiniones, como el lugar donde obtienen más información sobre los tópicos que les interesan. Encuentran que los adultos no hablan de los temas que les interesan por pena (45%), porque piensan que los niños no necesitan esa información (34%) y por temor a que hagan un uso inadecuado de la misma (29%). Respecto a las consecuencias que la falta de información tiene en sus vidas, señalan que se sienten inseguros (46.7%) y no pueden resolver problemas (34%). Ante esto, niños y niñas consideran que toca a los adultos aprender a dar información (62.3%) y esperan que en la escuela se aclaren sus dudas (46%).

Por su parte, los jóvenes, mujeres y hombres entre los 14 y 17 años de edad opinaron sobre la discriminación. Seis de cada diez declararon no haber sido discriminados, dos de cada cinco se sienten así tratados mientras que los varones (47.4%) se sienten más discriminados que las mujeres (38.3%). También llama la atención que, por encima de la posición económica (42%), la discapacidad y la enfermedad aparecen como la principal razón de discriminación (50.9%). La calle se percibe como el lugar en que más ocurre esta situación (20.8%) y los policías como causantes de la misma (10.7%), pero por debajo de los compañeros y compañeras que se revelan como los que más discriminan (21.5%). Con respecto a los espacios, la escuela aparece en segundo lugar de discriminación (16.8%) y los maestros en tercer lugar como personas que discriminan (9.5%). La mayor parte de los jóvenes considera que la discriminación baja su autoestima (57.9%), les niega oportunidades (49.6%) y genera violencia (32.2%). Como solución proponen “educar para respetar diferencias” (53.4%), que se apliquen las leyes contra esta actitud (41.8%) y valorar la diversidad de culturas y formas de vida (41.1%).

PISTAS PARA EL ANÁLISIS

Los ejercicios de participación y expresión en los procesos electorales invitan a reflexionar sobre las condiciones de socialización de los niños y jóvenes mexicanos. Las personas devienen tales a través del proceso de socialización, y en este

requieren señas de identidad que brotan de distintas formas de pertenencia. Este asunto alude a los procesos de aprendizaje de cara a la realización de roles, a la conformación de patrones culturales de comportamiento y a las orientaciones que marcan el orden y la dirección de los procesos políticos.

En este sentido, adquiere especial importancia la socialización política que hace referencia al proceso de aprendizaje e internalización de valores, símbolos y actitudes frente a la política por parte de determinada población, es decir, a los contenidos, formas y tiempos en que los miembros de una sociedad aprenden de la política. Este proceso permanente y esencialmente cultural, que rebasa el aprendizaje directo, formal y cognoscitivo que tiene lugar en el ámbito escolar, remite a la noción de cultura política como el conjunto de elementos que se orientan hacia el ámbito de la política y que configuran la percepción subjetiva que tienen las personas respecto al poder, su organización y ejercicio. Se trata de un concepto polisémico que se utiliza para designar fenómenos con diversos grados de intensidad y que da cuenta del sistema político internalizado por la población en forma de creencias, concepciones, imágenes y patrones de orientación hacia un conjunto específico de objetos políticos.

Una posible línea de interpretación de los resultados de la Consulta Infantil y Juvenil 2003, así como de las acciones cívicas orientadas a la formación de la voluntad ciudadana y la construcción de una cultura política democrática, está en el concepto clásico de cultura política de Almond y Verba, quienes la definen como el conjunto de actitudes y orientaciones de orden cognitivo, afectivo y evaluativo de los miembros de una comunidad hacia los fenómenos políticos.⁴ Desde este punto de vista habría que identificar entonces los conocimientos, opiniones y demandas de los niños y jóvenes con relación al sistema político (dimensión cognitiva), sus sentimientos de aceptación y oposición hacia el mismo (dimensión afectiva), así como los juicios y opiniones que expresan en torno a la política y los criterios de valoración que aplican a los acontecimientos políticos (dimensión evaluativa). Más allá de las cifras de participación, los contenidos específicos trabajados en las boletas electorales arrojan información suficiente para intentar una lectura de esta naturaleza. Estos datos, combinados con

4. Almond, Gabriel A. y Sidney Verba. *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Euramérica, Madrid, 1970.

las expresiones espontáneas de los niños y jóvenes en las frases abiertas incluidas en los instrumentos electorales (cuya sistematización completa ha quedado como asignatura pendiente desde el primer ejercicio de 1997), pueden aportar para un análisis desde concepciones de la cultura democrática.

Ahora bien, la manera en que las dimensiones cognitiva, afectiva y evaluativa se combinan, y el sentido en que inciden sobre el sistema político y los actores, son la base que lleva a Almond y Verba a clasificar las culturas políticas en tres tipos: la parroquial, en la que los individuos tienen una conciencia vaga de la existencia del gobierno central y no se conciben a sí mismos como capaces para incidir en la vida política; la súbdita o subordinada, caracterizada por individuos conscientes del sistema político nacional pero que se consideran a sí mismos subordinados del gobierno, por lo que sólo se involucran con las medidas y políticas de este (productos del sistema) y no en la formulación y estructuración de las decisiones y las políticas públicas, y la cultura política participativa, que cumple con ambas condiciones: los ciudadanos tienen conciencia del sistema político nacional y también están interesados en su funcionamiento y en influir en la formulación de las políticas públicas. Se concluye, desde luego, que la cultura política participativa es la que corresponde a las democracias estables, aunque siempre aparece junto con elementos de los otros dos tipos. Se trata de una cultura mixta, a la que llaman cultura cívica, que mezcla aspectos democráticos y/o modernos con patrones de comportamiento autoritarios y/o tradicionales.

A partir de este planteamiento, parece conveniente profundizar el análisis con la inclusión de la tesis sobre el predominio de rasgos que caracterizan a la cultura política autoritaria que se articulan, en forma contradictoria, con atributos que adjetivan una cultura democrática. En otras palabras, en la formación de la infancia se entretajan las tradiciones de un largo proceso de socialización autoritaria con las aspiraciones de una vida y orden democráticos, lo que habla del diálogo necesario entre la cultura política real con la cultura democrática deseable. En efecto, la tradición cultural y la cultura política han conformado el sentido que le damos a la democracia en México, que ha posibilitado la convivencia de prácticas antidemocráticas y autoritarias articuladas a un ideal democrático. En los resul-

EN LA FORMACIÓN DE LA INFANCIA

se entretajan las tradiciones de un largo proceso de socialización autoritaria con las aspiraciones de una vida y orden democráticos

tados de los ejercicios electorales de 2000 a 2003 asoman percepciones de niños y jóvenes en este sentido, aunque insuficientemente consideradas: sentimientos de impotencia para influir o ser tomado en cuenta, cuestionamientos a componentes del sistema político (partidos, autoridades, instituciones), quejas sobre la aplicación discrecional de la ley y críticas a las formas de hacer política, tomar decisiones y dirimir conflictos, entre otros aspectos de la vida pública.

El asunto de la infancia y la construcción de ciudadanías democráticas demanda el diálogo entre diversas perspectivas de análisis, aunque la tarea se vuelva más compleja. Se insiste en la noción de cultura política porque, al aludir a pautas consolidadas en el tiempo, pero también al incorporar de manera permanente nuevas interpretaciones de la realidad, ofrece una pauta para descubrir cómo están siendo moldeados los futuros ciudadanos por las características del nuevo sistema político. La dificultad consiste, entonces, en ponderar la relación entre las pautas establecidas, transmitidas durante largos periodos de socialización, y las nuevas ofertas de interpretación generadas por los productores de sentido de diversas índoles. Esto se torna más complejo en periodos de conflicto y procesos de transición, en los que resulta complicado determinar en qué medida lo nuevo significa rupturas o una adaptación de valores y hábitos arraigados.

La consulta, como instrumento de instrucción e iniciación a los procesos de la democracia participativa a través de una experiencia práctica, centra su atención en principios, valores y prácticas que dan sustento a la democracia como forma de gobierno y sistema de vida.

Hasta el momento, se sostiene la idea de que ésta es una acción de enseñanza de la democracia, toda vez que su intencionalidad educativa es explícita y su diseño se enmarca en una serie de consideraciones conceptuales y supuestos sico-

pedagógicos sobre la educación cívica.⁵ Sin embargo, no se puede afirmar con la misma certeza que la consulta represente un aprendizaje de la democracia, es decir, que garantice que el otro eje del proceso educativo se logre. Para argumentar esto, habría que indagar sobre los aprendizajes significativos, esto es, los saberes, habilidades y actitudes específicos que se desarrollan en estas acciones y su contribución a la formación de competencias democráticas. Como afirma Cullen, enseñar ciudadanía es enseñar saberes específicos.⁶ Dicho de otra manera, la intencionalidad pedagógica no significa sin más efectividad pedagógica.

En otro nivel, también toca preguntarse sobre la efectividad política de la Consulta Infantil y Juvenil, y si el acto de participar de los niños tiene o no que ver con el deseo de existir en el mundo de lo público. Si bien no se puede negar que estos ejercicios de participación han contribuido de manera decisiva para colocar en la agenda pública el tema de la infancia y sus derechos, frente a una cultura del silencio que tradicionalmente ha envuelto la vida y expresión de los menores de edad, todavía no se hace evidente la capacidad propia de niños y jóvenes para afectar las decisiones del sistema político ni su poder comunicativo para incidir de forma significativa en las modificaciones de sus condiciones de vida.

Con respecto a la población infantil y juvenil, ¿qué hacer para que la democracia, la cultura democrática, no asuma un significado esencialmente procesal y no sustancial? Esta interrogante expresa el interés en imaginar y definir otras estrategias educativas nacionales que hagan que este tipo de prácticas ciudadanas, junto con otras prácticas y contenidos sobre la democracia, se incorporen a los repertorios cotidianos de los niños, sin dejar de reconocer que lo procedimental, el conocimiento y aceptación de reglas pueden orientar positivamente hacia algunos valores centrales del ideal democrático. La vía de tránsito hacia la democracia, a través del refinamiento del sistema electoral, representa un avance significativo a

FRENTE A UNA CULTURA DEL silencio, todavía no se hace evidente la capacidad propia de niños y jóvenes para afectar las decisiones del sistema político

las elecciones y consultas de 1997 a la fecha, e incluso de otro tipo de instrumentos como encuestas que se han aplicado para conocer lo que la población piensa sobre estas prácticas, no son suficientes para concluir sobre la manera en que los niños y jóvenes significan, se apropian o resisten, aceptan o rechazan estas prácticas de participación y expresión cívica. En suma, la inquietud sobre el sentido, las posibilidades y límites de la acción educativa para generar prácticas democráticas y formar en competencias para la democracia, debe guiar la exploración y el análisis de las experiencias nacionales de participación infantil y juvenil.

La experiencia del mundo social es la que puede constituirse en un escenario ideal para la formación de la voluntad democrática, en donde la participación individual puede insertarse en un proyecto construido de manera colectiva. El mundo social, la vida cotidiana, dispone de las condiciones que hacen posible el ejercicio de prácticas ciudadanas en el campo de lo público y la construcción de una cultura política democrática. ■

favor de la cultura política democrática, pero no lo es todo. Como bien dice José Woldenberg, la pieza electoral debe engranarse al quehacer cotidiano y así crear una realidad política nueva y una cultura democrática, particularmente en el caso de los niños y jóvenes mexicanos.⁷

Por último, sigue también sin respuesta la pregunta acerca del significado que los mismos niños y jóvenes atribuyen a este tipo de experiencias. Las cifras y datos generales sobre los resultados de

5. Véase Elizondo Huerta, Aurora, Lucía Rodríguez McKeon y Ana Corina Fernández Alatorre. *La Consulta Infantil y Juvenil 2000. Una enseñanza de democracia*, Universidad Pedagógica Nacional /IFE, México, 2002.

6. Cullen, Carlos. *Autonomía moral, participación democrática y cuidado del otro*, Ediciones Educativas, Argentina, 1996.

7. Woldenberg, José. "La transición a la democracia", en *Nexos*, núm. 261, México, septiembre de 1999.



RASTROS DE VÍCTIMAS AFECTADAS POR LAS EXPLOSIONES DE UNA PLANTA GASERA EN SAN JUAN IXHUATEPEC, ESTADO DE MÉXICO. PLATA/GELATINA, BLANCO Y NEGRO, 19 DE NOVIEMBRE DE 1984, *Fabrizio León Díez* (cortesía La Jornada).
